

Antonio León Huguet

MANIPULADORES DEL TIEMPO



LETRAS DE AUTOR

© *Manipuladores del tiempo*, Antonio León Huguet

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

Maquetación editorial: Georgia Delena

Primera edición: marzo 2017

ISBN: 978-84-16958-82-5

Depósito Legal: M-8908-2017

P.V.P.: 10 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

Dedicado a mi mujer;
por ser como es, y permitirme ser como soy; a mis
hijos, a mis padres, a mis hermanas, a todos mis amigos
y a muchos de mis familiares; también a algunos,
simplemente conocidos y muchísimos desconocidos.
Porque todos ellos han aportado algo, para que mi vida
sea lo que es.

De todo corazón... gracias



PRÓLOGO

Cada uno de nosotros es el resultado final de un inimaginable número de casualidades que se han sucedido a lo largo de millones de años de evolución del universo.

Cada pequeñísima alteración de los sucesos del pasado provocaría cambios en el presente, tanto más importantes, cuanto más se retroceda en el tiempo.

Así que, suponiendo que pudiera viajar al pasado, ¿podría cambiarse algo de lo ya sucedido?; y si alguien viajó al pasado y cambió algo ¿significa eso que, de no haber viajado, hoy las cosas serían diferentes?



CAPÍTULO 1.

CASUALIDADES Y CONSECUENCIAS

Mi nombre es Manuel Soler Martí; nací en un pueblo de Lérida en 1963. Desde 1993, año en que nos divorciamos mi mujer y yo, vivía solo en un pueblo de la comarca del Baix Llobregat; en una casa de una urbanización cuyo jardín mira al macizo del Garraf. Al repartir el patrimonio familiar, ella se quedó con el piso de Barcelona y yo con la casa en la que, mientras duró nuestro matrimonio, pasábamos los fines de semana. Teníamos una hija a la que habíamos puesto el nombre de Marta, cuya custodia le había sido concedida a mi ex-mujer.

Trabajaba de comercial en una importante empresa de colas y pegamentos; me mantenía en forma gracias a que efectuaba regularmente largos recorridos en bicicleta y había heredado de mi padre, la sana costumbre de hacer cada día diez minutos de gimnasia, al levantarme de la cama.

Antes de narrar los acontecimientos realmente importantes que voy a relatar en este libro, permitidme que os cuente una breve anécdota; debería tener poca o ninguna trascendencia, pero me quedó muy grabada; y de creer en el destino, diría que hubiera sido una premonición, tal vez un aviso, o quizás simplemente, una broma de los “hados”.

Una tarde de finales de verano de 1996, volvía de un viaje de trabajo por la provincia de Alicante, de vuelta a Barcelona. Tenía previsto dormir en un hotel de Almusafes; no había reservado habitación, porque nunca antes había tenido problemas para encontrar alojamiento. Al llegar a la recepción, el conserje que me conocía de anteriores ocasiones, me indicó que no había ninguna habitación disponible y que con toda seguridad no la encontraría en los alrededores, ya que la empresa automovilística Ford estaba preparando la salida al mercado de su último modelo de coche, el KA y había invitado a la presentación del mismo, a una gran cantidad de periodistas y distribuidores, tanto nacionales como extranjeros. Me aconsejó que buscara alojamiento en Alzira, dado que los invitados de la Ford llenaban los hoteles de Valencia capital y pueblos cercanos. Así que, volviendo a desandar parte del camino, me fui hasta Alzira, donde al llegar al primer hotel que encontré, recibí otra vez la desagradable noticia de que tampoco había habitaciones disponibles; y que probablemente no las encontraría en la población, porque además de la presentación del coche, en aquellas fechas tenía lugar la feria del mueble de Valencia, que congregaba a muchos visitantes y expositores de fuera de la provincia, e incluso del país. Este otro conserje me recomendó retroceder hasta Gandía. Siguiendo su consejo fui hasta allí y por fin pude encontrar alojamiento y dormir.

A la mañana siguiente volvía a recorrer el trayecto hasta Valencia, que ya había andado y desandado el día anterior por la autopista. Circulaba a 140 Kms. por hora, cuando un gorrión chocó contra el parabrisas del coche, sin que pudiera hacer nada para evitarlo. No era la primera vez que atropellaba un pajarillo. Desgraciadamente, cuando se recorren muchos kilómetros por autopistas y carreteras no es extraño sufrir este tipo de accidentes. Normalmente, después del susto inicial y un breve tiempo de pena, se olvida uno

del asunto y no le da más vueltas. Pero en este caso fue diferente. Yo no debería haber estado allí. Empecé a pensar que para que el pobre pájaro muriera, se tuvieron que dar un sinnfín de circunstancias que acabaron cruzando nuestros caminos.

A continuación, me puse a pensar en la infinidad de casualidades que han tenido que darse desde el principio de los tiempos, para que cada uno de los seres vivos estemos aquí y en cómo podrían haber cambiado las cosas con alguna leve alteración de los acontecimientos en el pasado.

¿Qué habría sucedido, por ejemplo, si en lugar de resultar herido, Hitler hubiera muerto en la primera guerra mundial? Probablemente el mundo no habría sido igual. Mucha gente que murió en la segunda gran guerra, no habría muerto. Y mucha que nació gracias a las circunstancias que se dieron, tampoco habría nacido. Aunque tal vez otro loco hubiera encabezado el partido nazi y quizás las cosas hubieran sido aún peores.

Incluso en un plano mucho más cercano; ¿qué cantidad de circunstancias, tuvieron que darse para que mi padre, nacido en un pueblo de Córdoba y mi madre nacida en uno de Lérida, se conocieran en otro pueblo de Lérida y decidieran casarse?; nos tuvieran a mí y a mi hermana mayor, se fueran a vivir a Barcelona, matricularan a mi hermana en un colegio de religiosas, donde estaba estudiando la que, posteriormente y merced a otro cúmulo de casualidades, sería mi mujer, gracias a lo que posteriormente nacería mi hija.

Siguiendo con el ejemplo, parece ser que, a mi abuelo paterno, que era guardia civil, lo enviaron desde su Córdoba natal a Lérida, como castigo por su carácter indisciplinado, poco antes de empezar la guerra civil. Y allí se trasladó con mi abuela y sus seis hijos. ¿Cuántas insignificantes alteraciones que hubieran afectado a las decisiones de mis padres, abuelos, o cualquiera de mis antepasados, habría supuesto que yo no hubiera nacido?

Todas estas cavilaciones, me tuvieron entretenido el resto del viaje. Aún hoy, pese a mi escepticismo, me cuesta aceptar que fuera una casualidad. Es posible que el destino me estuviera preparando para los acontecimientos que tuvieron lugar cuatro años más tarde.

CAPÍTULO 2.

LOS ENCUENTROS

Un fin de semana de la primavera del año 2000, estaba pasando el motocultor por el huerto situado en la parte posterior de mi casa, cuando fui sorprendido por una especie de zumbido, que estalló sobre una de las dos higueras que en él había plantadas, cubriéndola de humo, apenas a veinte metros del lugar donde yo me hallaba. La humareda se disipó rápidamente, pero la higuera había desaparecido. En su lugar apareció una esfera metálica de unos cinco metros de diámetro, en cuya parte inferior había tres patas de diferente longitud que compensaban la inclinación del terreno sobre el que descansaba, e impedían que cayera rodando por la pendiente. Estaba paralizado con los ojos fijos en la esfera, cuando de pronto, se abrió una puerta que no había podido observar en su lisa superficie y por ella apareció un hombre. Su vestimenta era una túnica rústica sin mangas, que le cubría hasta las rodillas y unas sandalias. Salió de la nave con gran dificultad; a continuación, cerró la puerta, que se esfumó sin dejar apenas señal de su existencia. Al lado de donde había estado la puerta, apareció lo que me pareció una pequeña ventanilla. El hombre cayó al suelo y quedó tendido boca arriba.

Sólo entonces me atreví a acercarme. Al llegar a su lado quedé inmóvil y tuve la certeza de que había muerto. Descubrí horrorizado,

que la punta de una lanza asomaba por su pecho, entre una inmensa mancha de sangre. Después de comprobar que su corazón había dejado de latir, mi primer impulso fue avisar a la policía; pero la curiosidad pudo más que la razón y no lo hice. En lugar de eso, me puse a examinar la extraña esfera.

De cerca se podía ver el perfecto ajuste de la puerta; apenas una finísima línea la dibujaba. Comprobé que lo que me había parecido una ventana, era en realidad un panel con los diez números (del 1 al 0) y una pequeña pantalla de cuarzo líquido. Supuse que, dado que la puerta no tenía cerradura ni maneta, debía ser un sistema de apertura codificado. Intenté abrir la puerta marcando ceros. Al marcar el quinto cero, apareció en la pantalla de cuarzo líquido el mensaje "CODIGO INVALIDO"; por lo que deduje que el código era de cuatro cifras. Ese descubrimiento me alegró, pues supuse que a lo sumo necesitaría 9999 intentos más.

Me equivocaba; al llegar al tercer intento nulo, la ventana se cerró. A su lado se abrió una nueva ventana, dividida en dos partes; en la primera había la silueta de una mano, con cuatro tacos pequeños en la parte inferior de los dedos. Deduje enseguida que debía tratarse de un sistema alternativo de apertura, para el caso de que el ¿piloto? de aquel extraño artefacto, olvidara la clave de apertura. La otra parte de la ventana me dejó helado... en letras intermitentes y rojas aparecía el siguiente mensaje:

AUTODESTRUCCION 59 SEGUNDOS.

Los números menguaban a medida que transcurrían los segundos. Por un momento estuve a punto de ponerme a correr con todas mis fuerzas; pero un impulso incalificable hizo que me abalanzara sobre el difunto, lo cargara a mis espaldas y con no poco esfuerzo, pusiera su yerta mano sobre la silueta dibujada en el panel. El miedo dio paso a la alegría, cuando el fatídico mensaje se borró; se cerró la ventana y se abrió la puerta. Dejé el cadáver en el suelo;

titubeante, eché un vistazo al interior. Había dos asientos, pero ni rastro de un segundo viajero.

Mi cabeza funcionaba como una olla exprés. Había demasiadas cosas a las que prestar atención y me estaba excitando hasta temblarme las manos. No sabía que paso debía dar a continuación; así que decidí parar y plantearme la situación. Estaba solo en el huerto de mi casa; a salvo de miradas indiscretas gracias al vallado de la parcela y a la configuración del terreno; con un cadáver atravesado por una lanza y una misteriosa nave, al parecer intacta, venida (quizás debería emplear el término “aparecida”) de quién sabe dónde. Una vocecita interior me empujaba al teléfono para avisar a la policía municipal; pero por una vez en mi vida decidí hacerle caso a mi escaso espíritu aventurero y correr un riesgo de imprevisibles consecuencias.

El fiambre era sin lugar a dudas, el piloto de la misteriosa nave. Por su aspecto y dado que los mensajes del visor estaban en inglés, deduje que debía ser americano. Pero, ¿qué hacía un yanqui, con una rústica túnica por todo uniforme, atravesado por una lanza, en una esfera que aparece de pronto de la nada? Me negaba a creerlo; pero por más que intentara apartar la idea de mi mente, me era imposible encontrar otra alternativa... ¿lógica?

La esfera era una máquina para viajar por el tiempo; y en un viaje al pasado (a la época del Imperio Romano, a juzgar por la túnica, las sandalias y la lanza), el “viajero” había tenido un desafortunado encuentro con el, o los causantes de su muerte, de los que había podido escapar por poco; pero dado su estado, no encontró el camino correcto de regreso... y me encontró a mí.

Después de comprobar otra vez que el aparecido no tenía pulso, lo envolví en plástico y lo dejé en un arcón congelador que tenía en el sótano de la casa. No lo utilizaba desde que mi mujer y mi hija se habían ido de la vivienda familiar. Lo enchufé y puse en marcha;

limpié el reguero de sangre que había dejado el cadáver y me dirigí de nuevo al vehículo para estudiarlo más detenidamente.

Al entrar descubrí otra enorme mancha de sangre en el respaldo del asiento. Después de limpiarla meticulosamente, me senté e inspeccioné el interior. El habitáculo era muy reducido; una esfera de tres metros de diámetro con la base plana, la altura máxima era de dos metros. La base no era perfectamente plana. Veinte discos sobresalían ligeramente del suelo; todos disponían de un asa abatible; dos de ellos tenían una luz roja; en el resto, la luz era de color verde. (Más tarde descubriría que los citados discos eran en realidad cilindros y constituían el “combustible” de la nave y que las luces rojas indicaban que estaban agotados). Del centro de la base salía un eje vertical, sobre el que giraban los dos asientos, espalda contra espalda. Frente a cada uno de ellos había una pantalla y un cuadro de mandos muy similar a un teclado de ordenador. La mitad de las paredes de la esfera, parecían un inmenso panel; estaba formado por celdillas hexagonales; cada una de las cuales tenía una inscripción en el centro, indicando su contenido. (Farmacia, Herramientas, Armas, Biblioteca, Intendencia, Agua, Equipo de filmación, Protección y Microondas). Abrí la puerta de las armas y aparecieron ante mí, dos chalecos anti-balas y dos cascos. Al retirarlos descubrí un arsenal compuesto por un par de pistolas con silenciadores y dos fusiles de asalto extraordinariamente ligeros y manejables y quedé convencido que no eran de diseño moderno, sino que aún no habían sido diseñados. Además, había en el armario una buena cantidad de cargadores llenos de munición que era la misma para las pistolas y los fusiles; y unas cuantas granadas para ser disparadas desde los fusiles; y en sus fundas dos cuchillos “de comando” muy parecidos a los que había visto en “Rambo”. Volví a cerrar la puerta del arsenal y decidí centrar mi atención en el ordenador.

Intenté ponerlo en marcha, pero no respondía. No me desanimé por ello; deduje que quizás debería estar cerrada la puerta, para poder encenderlo. Antes de cerrar, cogí y encendí una linterna del armario de herramientas, aunque estaba convencido de que no iba a hacerme falta. Tal como había supuesto, en el mismo momento de cerrar la puerta, se hizo la luz en el interior de la nave; y automáticamente se encendió el ordenador. A los tres segundos de cargar el programa, apareció un menú con las opciones:

1-CHEQUEO NAVE

2-ANALISIS MEDICO PILOTO

3-VISION EXTERIOR

4-DESPLAZAMIENTO ESPACIAL

5-DESPLAZAMIENTO TEMPORAL

6-CONSULTA BIBLIOTECA

7-AUTORIZACION ACCESO

8-CONEXIÓN A REDES

9-COMUNICACIONES

0-CERRAR SISTEMA

Pulsé el 7 y el ordenador me dio la opción de anular una autorización existente, o autorizar un nuevo usuario. Pulsé la última opción. De nuevo me planteó dos alternativas: total o parcial; elegí total. Introduzca su nombre: Manuel Soler. Introduzca clave de acceso: 1234. Sitúe la mano derecha sobre la pantalla de registro. Puse la mano sobre lo que supuse era la pantalla de registro. Apenas tres segundos después, apareció brevemente el mensaje "Acceso total

autorizado a Manuel Soler”; a continuación volvió al menú. Pulsé el “1”, que correspondía al chequeo de la nave. Apenas 15 segundos después, apareció el mensaje:

**VERIFICACION EFECTUADA, PREPARADA PARA
DESPLAZAMIENTO, COMBUSTIBLE: 90%**

Pulsé “escape” y de nuevo apareció el menú. A continuación, pulsé el “2”; que correspondía al análisis médico. Del apoya brazo izquierdo del asiento surgió una extraña pulsera, que se cerró con suavidad sobre mi muñeca y sentí un ligerísimo pinchazo. Apenas 20 segundos después apareció el siguiente mensaje:

**RITMO CARDIACO ALTO. TENSION ARTERIAL ELEVADA.
ANALISIS SANGUÍNEO CORRECTO. NIVEL DE COLESTEROL
DENTRO DE LOS PARAMETROS CORRECTOS, AUNQUE
LIGERAMENTE ALTO**

Cerré el sistema, salí de la nave y entré en casa. Una vez dentro, hice unas profundas respiraciones, para calmarme y recuperar el ritmo cardiaco y la tensión arterial normales; preparé un gin-tonic y empecé a planear mi futuro.

Lo primero que debería hacer era comprar plástico suficiente para cubrir la nave y librarla así de una posible vista aérea. (Tengo entendido que algunos ayuntamientos que tienen tantas urbanizaciones como el mío, utilizan fotografías aéreas para detectar nuevas construcciones sin permiso de obras, e incluso modificaciones en las existentes). También decidí que pediría la cuenta a la empresa en la que trabajaba, pues supuse que con semejante nave me sería fácil hacer dinero. Empecé a imaginar donde podría conseguirlo.

Se me ocurrió de pronto que, en la noche triste, los conquistadores españoles sufrieron una tremenda derrota cuando intentaban abandonar Tenochtitlán cargados de tesoros aztecas. Supuse que, si yo estaba allí, podría con discreción agenciarme una buena

parte del cargamento y más teniendo en cuenta que disponía de armas y equipo de protección modernísimos.

Me disponía a buscar en Google información sobre la fecha en la que sucedieron los hechos y las coordenadas de la capital azteca, así como de los hechos relevantes que sucedieron antes y después de la denominada noche triste que me pudieran ser de utilidad, cuando se me ocurrió que tal vez sería más rentable el viaje si, en lugar de a México, fuera a Sudáfrica a principios del siglo XX, a sustraerles unas cuantas bolsas de diamantes. Pero enseguida me asaltó una duda: por lo que yo sabía los diamantes se pulían en Holanda; así que ¿dónde debía ir? Esto me supondría una importante labor de búsqueda de datos.

Decidí dedicar un tiempo a pensar en qué lugares y fechas podría ser más fácil y rentable hacer el viaje. Estuve un rato tentado por el antiguo Egipto y las extraordinarias riquezas de sus faraones. Pensé en Grecia y Roma, pero no me venía a la cabeza ningún tesoro. Tal vez una nave española que volviera de las Indias con oro y plata. Quizás la auténtica India, o la China de Marco Polo, o el Japón medieval.

Estaba dudando entre cuál de los destinos posibles sería el menos peligroso y qué productos serían más fáciles de transformar en dinero, cuando de pronto se me ocurrió que no necesitaba de ninguna heroicidad ni correr riesgos.

Me visitaría a mí mismo en el futuro, en una fecha señalada, (el día de mi nacimiento dentro de seis o siete años) donde mi yo del futuro me daría la combinación ganadora en solitario de un sorteo de la lotería primitiva, que él ya sabría que había ganado. También me podría informar de que inversiones serían las más rentables, para invertir un dinero legalmente ganado y sin asumir ningún riesgo.

Cuanto más vueltas le daba a la idea, mejor me parecía. No era un desplazamiento muy largo; supuse que si un viaje desde el futuro hasta la época de los romanos y vuelta hasta mi tiempo, sólo había consumido un 10% de combustible, lo que yo planeaba debería consumir mucho menos; en cualquier caso, me daría oportunidad de averiguarlo y tal vez utilizar el vehículo para viajes de vacaciones a lejanos tiempos y lugares.

No obstante, me preocupaba la idea de que los constructores del vehículo lo estuvieran buscando con todos los medios y la tecnología que debían poseer; así que de ninguna manera debería alterar ni un ápice los acontecimientos ya pasados. Y aun así temía que pudieran seguir el rastro que hipotéticamente debía dejar el vehículo en sus viajes temporales; aunque de ser así, ya deberían estar aquí y ahora para recuperarla. Decidí pues, darme prisa en viajar al futuro.

Me subí al vehículo, cerré la puerta tras de mí, me senté en uno de los asientos y puse en marcha el ordenador.

Elegí DESPLAZAMIENTO TEMPORAL. En la pantalla apareció:

FECHA ACTUAL 2000/04/08 (sábado)

COORDENADAS ACTUALES

LATITUD 41/23/24.0082

LONGITUD 01/58/04.1808

ESTABLEZCA FECHA DESTINO (AA/MM/DD)

Escribí 2008/02/07

ELIJA AC/DC

Escribí DC

**ESTABLEZCA TIEMPO DE DESTINO
(HORA, MINUTO, SEGUNDO)**

Decidí aparecer a las 10 de la mañana para no hacerme madrugar, así que escribí 10, 00, 00

ESTABLEZCA COORDENADAS

Repetí los números que aparecían en coordenadas actuales, para entrar en mi propia parcela. No sé si fue mi imaginación, o realmente sentí un levísimo zumbido, cuando se encendió el motor y en la pantalla del ordenador apareció:

DESPEGUE EN 30 SEGUNDOS

Aunque parezca extraño no me puse nervioso a medida que disminuían los segundos que faltaban para iniciar el viaje. Al llegar a cero sí que se produjo un perceptible zumbido; empecé a sentirme ingrátido, la vista se me nubló y sentí unas leves nauseas. Por suerte solo duraron unos breves segundos y luego todo acabó.

Me fijé en la pantalla del ordenador. Parpadeando sobre el fondo negro aparecía la fecha y la hora programada como destino, solo el marcador de los segundos iba aumentando a medida que iban transcurriendo. Iba a abrir la puerta cuando la pantalla me mostró la imagen de un espléndido y cuidado jardín que no reconocí y una casa mucho más lujosa que la que había dejado atrás. ¿Me habría equivocado al introducir las coordenadas? o habría algo que no había tenido en cuenta y que me hubiera llevado a otro lugar.

Empezaba a preocuparme cuando, en la pantalla vi que se abría una puerta de la casa y apareció una figura que me resultaba extrañamente familiar, hasta que pasados dos o tres segundos me reconocí a mí mismo haciéndome expresivas señas para que me acercara. Abrí la puerta de la nave y me dirigí hacia donde él/yo estaba, acelerando el paso, dadas las prisas que me daba. Entramos en casa y mientras yo intentaba asumir la situación de encontrarme frente a mí mismo, él me mostró un papel enrollado que planchó y me introdujo en el dobladillo de la pierna derecha de mis pantalones por

un descosido, que yo no sabía que estaba allí. A continuación, me informó a toda prisa que contenía la información necesaria para hacerme rico. Yo quería preguntarle (preguntarme) un montón de cosas que se agolpaban en mi cerebro: ¿Cómo estaba de salud? Aunque me veía muy bien, incluso algo más musculado y se notaban poco los ocho años de diferencia. ¿Qué iba a hacer con la máquina del tiempo?, etc., etc. Pero me interrumpió, como si adivinara lo que estaba pensando (claro que en realidad debía recordarlo).

—*Tranquilízate, todo va bien, estupendamente. No quiero decirte nada porque ya lo vivirás y es preferible que la vida te sorprenda; además, apenas tenemos tiempo, antes de que ellos lleguen.*

Las prisas que me daba contrastaban con la tranquilidad que él tenía. A continuación, me explicó que estaban a punto de llegar los fabricantes del vehículo y que me registrarían para que no me llevara nada, pero que me devolverían a mi tiempo, una hora más tarde de la partida. Me comunicarían que no habían podido localizar el rastro del vehículo hasta que yo había realizado el viaje y que, dado que sus normas les impiden modificar el pasado y en estos momentos yo ya estaba en el 2008, no modificarían nada de lo que hubiera hecho antes. Así que me dejarían en casa, me tocarían dos premios de la lotería primitiva en solitario. También me dejaba el nombre de tres individuos yanquis que vivirían en el Silicon valley de San Francisco, para que contactara con ellos entre septiembre y primeros de octubre del 2004, les diera una idea y algo de dinero para la creación de lo que iba a ser un negocio colosal en pocos meses, una especie de portal de Internet que se llamaría YouTube a cambio de una cuarta parte de las acciones, pero que me mantuviera en la sombra. Debería comprar casas y pisos por la zona y venderlos antes de final de 2005, fecha en la que el mercado inmobiliario sufriría una recesión importante, que en aquellos momentos empezaba a provocar una crisis económica mundial; pero yo ya

dispondría de una fortuna de varios cientos de millones de Euros, que me permitirían vivir holgadísimamente el resto de mi vida; a pesar de que me había gastado una pequeña fortuna en cambiar el huerto por el magnífico jardín que me había sorprendido y derribar la antigua casa y construir la mansión en la que ahora me encontraba. Además, había arreglado económicamente la vida a mi ex mujer y mi hija.

Había cientos de preguntas que quería hacer, pero no llegué a formular, porque en aquel momento un nuevo estruendo, aunque esta vez amortiguado por la insonorización de la mansión nos interrumpió y ante sus indicaciones salimos al exterior. Un nuevo vehículo, gemelo del que yo había utilizado, estaba a escasos quince metros del “mío” y a la vez que se abría la puerta y bajaban a toda prisa dos individuos con uniforme militar armados con sendos fusiles que me eran familiares, mi otro yo levantaba los brazos con serenidad y me invitaba a hacer lo propio. Le hice caso mientras los recién llegados se acercaban en actitud inquieta y amenazante.

Tranquilícense, dijo mi yo futuro, tomando con serenidad las riendas de la situación; él (señalándome a mi) soy yo mismo, hace ocho años y es quien ha hecho el viaje cuyo rastro han seguido y les ha traído hasta aquí. Podrán comprobar que no ha infringido ninguna de sus leyes, ni es responsable del desdichado accidente que sufrió su compañero, el viajero original que apareció supongo que por error en este mismo jardín ahora hace casi ocho años. Si son tan amables de bajar las armas podemos darles las explicaciones que consideren necesarias y podrán comprobar en el vehículo que lo que digo es cierto. Y si necesitan más información se la dará mi otro yo, que como es lógico tiene los acontecimientos mucho más frescos, puesto que, para él han ocurrido apenas hace unas horas.

Parecieron relajarse un poco, pero no bajaron las armas. El que parecía de mayor rango, le dijo a su compañero que comprobara en